

LA LIRA ESPAÑOLA

REVISTA LITERARIA.

MORALIDAD.

INSTRUCCION.

RECREO.

SUMARIO.

El desafío y el Flageolet, Leyenda histórica por A. L.—*Alberto de Kerbriant*, (conclusion) novela escrita en francés por Mery, traducida por Juan Angel Sierra.—*A Roma*, soneto por García y Tassara.—*La creación de la Mujer*, poesía por Miguel Sanchez Pesquera.—*Un Recuerdo*, poesía por Carlos Vieyra de Abreu.—*Teatros*, por Mefistófeles.—*Bibliografía*, charada. solución á la del número anterior.—Salto de caballo.—Correspondencia.

EL DESAFÍO Y EL FLAGEOLET,

LEYENDA HISTORICA POR A. L.

El suceso que voy á referir á mis lectores no es una anécdota imaginaria, sino una historia real y positiva.

En 18. ... me hallaba en San Pedro de la Martinica. A corta distancia de mi casa vivia un jóven francés recién llegado á la colonia, y con quien trabé amistad. Su carácter, alegre y un tanto petulante, su tono y sus modales convenian perfectamente con su franca y agradable fisonomía; en una palabra, llevaba en sus facciones el sello de la raza tolosana del Mediodia de Francia. No carecia de instruccion, pero lo que habia dado á conocer en la vecindad era un mérito no menos precioso, el de tocar perfectamente el flageolet. Seguramente era un *virtuoso* de primer género en este instrumento; de suerte que ni de dia ni de noche le soltaba de la mano, ejecutando todas las contradanzas y todas las variaciones de su numeroso repertorio.

En la misma casa, debajo de él, habia un jóven criollo, M. de L., un tanto enamorado de sí mismo y de su fortuna, brusco y orgulloso en sus modales, poco sufrido y quimerista eterno, como lo son

todos los criollos, ó al menos como lo eran entonces.

Un dia estaba M. de L. ocupado en leer, indolentemente tendido sobre un canapé y envuelto en su ancha bata, mientras que su vecino del piso superior mezclaba con el viento fresco y matutino de la brisa oceánica los agudos sonidos de su infatigable flageolet.

Distraido de su lectura llamó el criollo á su negro:

—Cacao, dí de mi parte al caballero que vive arriba que deje de tocar el flageolet. ó por lo menos que no toque tan fuerte, que me está incomodando.

—Está bien, señor.

En nuestras colonias no hay cosa que más agradé á un esclavo que tener que participar á un blanco órdenes por el negro. Cacao, propasándose de lo que se le habia prevenido, dió este recado:

—Dice mi amo que dejeis de tocar el flageolet, porque le estais incomodando y fastidiando.

—¡Calle! contestó el músico, sorprendido al pronto, pero recobrando en seguida su calma normal. ¿Y quién es vuestro amo? replicó.

—M. de L. .

—¿Y quién es M. de L.?

—Mi amo...

—¿Y qué está haciendo ahora?

—Está leyendo.

—Pues, hijo mio, como cada uno es libre en su casa, que M. de L. lea lo que le dé la gana, y yo continuaré mis variaciones.

Da en seguida al negro con la puerta en los hocicos, y prosigue con más entusiasmo la tocata que habia suspendido.

Cacao hace con su amo lo que con el

vecino, es decir, comentar y desfigurar la respuesta que se le habia dado.

—¿Qué ha dicho? le pregunta su amo así que entra: ¿por qué el maldito sigue tocando y con más fuerza todavía?

—¿Y qué quiere Vd. que yo le haga?

—¿Pues qué te ha contestado ese músico infernal?

—Que le da la gana de tocar, y que vuestro recado le ha hecho reir.

Apenas habia pronunciado el negro estas palabras, cuando enfurecido el criollo arrojó el libro y se levantó hecho un basilisco.

—Sube, exclamó, sube otra vez Cacao, y dí á ese insolente, que sino calla al instante, iré á echarle por la ventana.

Esta vez ejecutó Cacao su comision al pié de la letra; pero el virtuoso, sin interrumpir el *allegretto* que estaba ejecutando, esforzó más todavía, y dió por respuesta al mensaje del negro, un soberbio puntapié en el posterior. La explicacion era elocuente y fué apreciada en lo que valía.

Furioso M. de L..., sube á la habitacion del músico. No llevó á cabo, como se deja conocer, la brutal amenaza que habia hecho; pero desahogando su bilis en términos virulentos, á los que le respondieron con la más imperturbable sangre fria, provocó un duelo al del Languedoc, quien aceptó alegremente el lance. La espada fué el arma elegida.

—¿Y cuándo, caballero? dijo mi compatriota, sin soltar de la mano el flageolet.

—Al instante.

—¿Al instante? vos os chanceais. Lo que es hoy me es absolutamente imposible. Mis negocios no me dejan más que una hora de descanso, y pienso emplearla en repasar unas variaciones nuevas. Hoy tengo que evacuar varios asuntos; esta noche estudiaré las variaciones, y dejaré en orden mis negocios, por lo que pudiera tronar. Mañana á las seis, si gustais, seré vuestro.

Que quiso que no, tuvo el criollo que moderar su impaciencia. Bajóse á su casa,

despues de haber sido cortesmente acompañado hasta la escalera, y su adversario siguió por espacio de una hora ensayando en el flageolet las variaciones que habia indicado.

En seguida se marchó á sus ocupaciones, y por la noche prosiguió sus tareas á más y mejor, mientras que su vecino se daba á los diablos, y le abrumaba á imprecaciones y amenazas.

Al dia siguiente se levantó mucho antes de la hora convenida el tocadore de flageolet, é hizo resonar de nuevo su instrumento hasta que llegaron dos amigos á quienes habia citado para padrinos. Salió con ellos hácia el lugar de la cita, que si mal no me acuerdo, era junto al Jardin Botánico.

Perseguido por la implacable melodía el criollo, habia llegado ya con sus padrinos y algunos curiosos que habian olfateado el negocio. Iban ya á dar las seis, cuando se oyeron á lo lejos los sonidos de flageolet.

No podian equivocarse; era el desafío que llegaba con sus dos amigos, caminando á paso redoblado al compás de una marcha que tocaba, y que terminó exactamente hasta la última nota, saludando en seguida con cortesés ademanes á todo el mundo.

Despues de las explicaciones y convenios de costumbre, se dispusieron los dos campeones al combate.

—En guardia, caballero, exclamó el criollo frenético de cólera y de despecho.

—Estoy á vuestras órdenes, le contestó el francés; pero permitidme antes tocar un solo motivo de mis variaciones. ¡Ah! quizá será la última vez, y no creo que querais privarme de este placer.

La originalidad de la súplica, la sangre fria con que la hizo, excitaron la risa de todos los circunstantes, y nuestro buen hombre, sentándose sobre la hierva enfrente de M. de L..., empuñó su fiel instrumento, despachó sus variaciones, le guardó en seguida cuidadosamente, y por último se puso en guardia: á la prime-

ra estocada hirió á su adversario en el hombro derecho. Corrió la sangre, y de comun acuerdo se suspendió el combate. La herida del criollo no era peligrosa. El vencedor, luego que hubo saludado, sacó su flageolet y partió con sus padrinos, tocando la misma marcha que á la venida.

Al día siguiente, M. de L... se mudó.

ALBERTO DE KERBRIANT.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MERY.

(Conclusion.)

Cardan no manifestó desde luego ningún apresuramiento en partir de la quinta; pero esta estudiada calma no hizo sino aumentar los temores de la señora de Mellan, que se creía obligada en violentar á su futuro yerno para decidirse á emprender su viaje; así fué que llamando á parte al presidiario, le dijo mostrándole á su hija:

—Mi pobre hija es tan tímida, que no se atreve á miraros á la cara; era menester viajar algún tiempo reunidos para darle un poco de osadía. Nada estrecha tanto las relaciones como un viaje; y así es que, al cabo de un mes, serian Vds. muy amigos. Como no dependemos de nadie, podeis casaros con mi hija, tanto en España como en Francia, ó en cualquier otra parte; en cuanto hayais descansado, partiremos.

Cardan se inclinó con el aire de un hombre que se resigna, y le dijo:

—No puedo reusar á mi suegra el primer favor que me pide; partamos.

En las disposiciones de marcha, que fueron hechas entre Cardan y la buena viuda, se convino que Proghere, el fingido ayuda de cámara se quedaria en la quinta para cuidar de los equipajes y demás muebles dejados á su cuidado, y dándole algún dinero para los gastos imprevisos.

Al día siguiente, antes del alba, la se-

ñora de Mellan, su hija, y el presidiario, partieron en posta para Marsella. En esta ciudad Cardan se procuró un pasaporte para España, y algunos días despues descendió con sus dos víctimas en la fonda del Principe, en Barcelona.

Los anales del crimen ofrecen pocos ejemplares de una historia donde lo increíble juega un papel tan principal; pero si estos acontecimientos no fuesen tan extraordinarios, no se relatarian.

Dos semanas despues de la partida, el verdadero Alberto desembarcó en el muelle de Tolon, y sin quitarse la ropa que todavía llevaba desde las Indias, corrió en busca de la señora de Mellan. En el despacho de diligencias se le indicó la quinta, y nuestro marino saltó sobre el primer caballo de alquiler, y llegó á ella en tres corridas al galope.

Llegar de las Indias con la risueña perspectiva de un improvisado matrimonio millonario; tocar la tierra, y ver la casa que habita la joven desconocida, y á donde todo esto es tan dulce, que solo sucede una vez en el mundo, el pobre Alberto se estremeció á la vista de aquella parra italiana que dejaba percibir á través de sus pámpanos nubes de cabellos y de muselina blanca; allí estaba su futura familia, su dicha, su fortuna, su porvenir. Se precipitó del caballo á la extremidad de la avenida, y llegó al terrado en una agitación extraordinaria, pronunciando el nombre de la señora de Mellan y el suyo. Un grupo de señoras y de jóvenes se levantó á su grito introduccion, y todas las miradas estupefactas interrogaron al recién llegado que nadie conocia.

Aturdido por un instante con esta recepcion tan extraña, creyó Alberto que se habia equivocado de quinta, y se excusó en estos términos:

—Perdonad, señoras; pero creo que me he equivocado de camino; no es extraño, porque hay muchas quintas en esta llanura sin calles y sin número, y á pesar de tener uno buenas señas, pueden muy bien equivocarse.

Una señora ya de edad, tomó la palabra y dijo al marino:

—Puede ser que no esteis engañado, caballero, porque nosotros no vivimos en esta quinta sino desde la semana última: la señora de Mellan, cuyo nombre habeis pronunciado, segun nos han dicho los arrendatarios, era la que habitaba aquí antes que nosotros.

—¿Se ha retirado á la ciudad la señora de Mellan? preguntó el jóven agitado por un presentimiento funesto.

—No señor, han marchado de Tolon con su hija y su yerno.

—¡Su yerno!! exclamó el marino con una voz sobre natural.

—Sí, su yerno, ó al menos el jóven que debe desposarse con su hija Ana.

Alberto de Kerbriant hizo un enérgico llamamiento á su fuerza moral, y avergonzado de dar su emocion en espectáculo á los extraños, se compuso su rostro, y con voz y porte tranquilo, dijo:

—Disimulad, señora, si entro en detalles que pueden parecer indiscretos, agradecería que me dijerais si lo habeis oído pronunciar, el nombre del jóven que debe desposarse con Ana de Mellan.

—¡Oh! si, es un nombre muy conocido en todas las cercanías; Ana se casa con el jóven marino Alberto de Kerbriant.

—Lo sabia, dijo el verdadero Alberto.

—Ya veis, caballero, que no estamos mal enterados; á esta hora el matrimonio debe haberse efectuado.

—¡Con el Sr. de Kerbriant! exclamó el jóven con una voz tan desgarradora, que hizo estremecer á los testigos de esta escena.

Todas las cabezas hicieron signos afirmativos.

—¡Con el Sr. Kerbriant! repitió el desgraciado Alberto en el mismo tono de desesperacion; eso es imposible—¿no veis que soy yo Alberto de Kerbriant, y que vengo á casarme con Ana de Mellan? esto es un misterio infernal; ¿algun bandido ha interceptado mis cartas y tomado mi nombre; ¿qué revelacion tan espantosa!

Y se echó pesadamente en el banco

de la parra enjugándose el frio sudor de su frente.

Bien pronto una excitacion de cólera le devolvió altivamente sus sentidos: comprendió que toda su razon, su calma de marino, su sangre fria de hombre le era necesaria para descubrir y castigar un acto infame sin ejemplo en la sociedad. Se despidió de las señoras de la quinta, escusándose de haber turbado su alegría: corrió á recoger en las cercanías indicios de boca de los arrendadores, y cuando por relatos ciertos conoció la hora, el dia, y el camino que habian tomado al partir, no perdió ni un momento y se arrojó tras los trazos del infame usurpador.

Recorrió todas las fondas de lujo de Marsella, y á las primeras informaciones que tomó en la de los Emperadores, el inteligente y astuto Castel recordó en seguida á las dos viajeras y al viajero; y dijo á Alberto de Kerbriant que las tres personas por las que con tanto interés preguntaba, habian pasado dos dias en su casa y que se habian embarcado para Barcelona. El mismo Castel le indicó la casa de un banquero á donde habia conducido al falso Alberto que pedia una letra de 5.000 escudos para su suegra, de la cual tenia el poder. El jóven marino fué en seguida á avistarse con el banquero que se le habia designado. No solamente los indicios de Castel eran ciertos, sino que Alberto reconoció su firma, contrahecha con tan grande imitacion, que demostraba la mano de un falsario. Esto fué un rayo de luz para el jóven; tomó caballos de posta, y antes de cinco horas estaba en Tolon y en casa del comisario del presidio, que le anunció la evasion de Cardan, bigamio y falsario, dándole al mismo tiempo sus señas.

Aquella misma tarde partió Alberto para la capital del Principado provisto de instrucciones preciosas y de una carta para el cónsul de Francia, necesitaba seguir al vuelo esta horrible intriga: un minuto perdido podia determinar una desgracia irreparable.

Apenas desembarcó en Barcelona corrió al consulado. Las sombras de la noche cubrían á la ciudad, eran las nueve.

El cónsul estaba en el teatro; Alberto fué allí donde le indicaron el palco en que estaba el representante de Francia; entró escusándose de su visita importuna, y entregó su carta de introduccion que todo lo explicaba.

El cónsul rogó al jóven que le siguiese al ante palco para hablar sin testigos.

Hé aquí la confidencia que tuvo Alberto con él.

—Un extranjero, de edad indeterminada se me presentó hace como tres semanas, anunciándose bajo el nombre de Alberto de Kerbriant; Segun me dijo, venia á España con su futura suegra y su prometida, que al pronto término de su luto debian casarse: los modales de este hombre me parecieron muy extraños: era una mezcla de buen tono estudiado, de lenguaje noble, y de costumbres y espresiones vulgares. En su modo de estar existia una disimulada calma, contrariada por movimientos nerviosos. Su visita tenia por objeto el presentarme sus respetos y consultarme sobre las formas que se siguen en este pais para los matrimonios. Le dí todas las explicaciones que deseaba: despues de esta visita le he vuelto á ver dos veces, y esta noche, si quereis verlo, está en un palco con esas señoras, casi enfrente de nosotros, en el anfiteatro. Las señas que me habeis dado son exactas, exceptuando que sus cabellos son negros y abundantes, en lugar de ser rubios y cortos: pero sin duda es una superchería de tocador que será fácil descubrir.

Alberto rogó al cónsul le cediese un asiento en su palco, y un instante despues ocupaba su puesto de observacion.

A la primera mirada, juzgó la moralidad de aquel hombre, que no sospechando que una mirada escrutadora estaba fija sobre él, guardaba una inamovilidad sombría, y parecia no pertenecer más que con el cuerpo á aquella reunion entusiasta que aplaudia un dueto italiano. Cardan vestido de

negro, con su rostro cubierto de esa palidez cobriza, adorno del presidiario, con sus ojos fijos, su frente deprimida, parecia un sér sobrenatural despojado de toda preocupacion frívola, y meditando algun proyecto aconsejado por el génio del mal. Como contraste se veia á su lado á la jóven Ana de Mellan, satisfecha con su sencilla alegria: se hubiera creido ver á una cándida paloma ignorante del peligro y posada en la misma rama del milano. En el primer entreacto se levantó el verdadero Alberto, y saludando al cónsul con ese gesto familiar que significa, *hasta la vista*, se dirigió hácia el palco del falsario. El cónsul signió á Alberto á lo lejos.

Dió tres ligeros golpes, la puerta se abrió, y con una voz clara y tranquila nombró al Sr. Alberto de Kerbriant.

—Yo soy, caballero, respondió Cardan.

—Tenia dos palabras que deciros en secreto.

Cardan se levantó, no sin experimentar alguna emoció, y salió al corredor.

—¿Es, pues, al Sr. Alberto de Kerbriant á quien hablo? dijo Alberto.

—Ciertamente, respondió el presidiario con una voz enronquecida por una turbacion súbita.

—¿Estais bien seguro?

—Vaya una pregunta singular, dijo Cardan con una sonrisa que nada tenia de alegre.

Alberto cogió vivamente y de improviso la cabellera postiza de Cardan, y la cabeza pelada del presidiario se puso de manifiesto.

—Eres un bandido del presidio de Tolon.

Cardan arrojó un rugido sordo, y sacando un puñal, iba á desembarazarse de este aterrador desconocido antes que la escena tuviese otros actores, cuando Alberto que habia previsto el golpe, asió ágilmente al presidiario por el brazo y la corbata, y le incrustó en la pared, llamando en su ayuda. A los gritos del marino acudieron de los palcos vecinos. Cardan que no habia dejado su puñal fué arres-

tado por los agentes de la policía, y Alberto, agarrándose con un vigor sobre humano al cuello de su levita y de su camisa le desgarró lienzo y paño de un tiron, y descubrió la espalda del presidiario, deshonrada por dos letras que estaban marcadas en su piel quemada por el sol de Tolon. Un murmullo de horror estalló de todos lados; pero Alberto no perdió tiempo en contar su historia, tenía un deber más perentorio que cumplir.

La señora de Mellan y su hija prestaban oído con inquietud á los ruidos alarmantes que venían de los corredores, y no osaban mezclarse con la multitud curiosa que las rodeaban. De pronto el cónsul de Francia, seguido de un extranjero vestido con el uniforme de la marina real francesa entró en el palco, y las dijo:

—Os ruego que acepteis mi brazo y que me sigais á mi casa, es decir, á la vuestra, puesto que mi casa es la de todos los franceses.

La señora de Mellan y su hija demasiado conmovidas para descifrar tan misterioso incidente, no vacilaron en seguir al cónsul. La viuda tomó el brazo de Alberto y Ana el del cónsul.

A la luz que lanzaban los candelabros que iluminaban todo el peristilo del teatro, se distinguía fácilmente como en pleno día, un hombre pálido y convulsivo, con las espaldas desnudas conducido por la policía é insultado por la multitud.

—¡Dios mío! exclamó la señora de Mellan, es Alberto.

—No; la dijo el cónsul, ese hombre no es Alberto de Kerbriant; es un bandido que ha urdido contra Vds. una trama abominable. Es un presidiario escapado del presidio de Tolon, lleva marcadas en sus espaldas las letras *T. F.*; si la muchedumbre nos deja aproximarnos á él, podemos verlo.

Un vivo sentimiento trastornó todas las facultades de la señora de Mellan, y le faltaron palabras que responder.

En casa del cónsul fué donde hubo un cambio de explicaciones y de sorpresas,

que debía llevar esta historia a su legítimo y natural desenlace. Todos los derechos usurpados por Cardan, fueron restituidos al verdadero Alberto.

La emoción que siguió á esta borrasca noche, hizo que las señoras no acogiesen á Alberto como merecía ser acogido; pero al día siguiente tuvieron demasiados elogios que dar á su joven libertador y aquél mismo día, en la mesa del cónsul se convino que el matrimonio de Ana y Alberto se celebraría en la Iglesia de San Luis en Tolon, y que el almirante sería el padrino de la boda.

JUAN ANGEL SIERRA.

A ROMA

SONETO.

No hay salvación: al último romano
En el gran Ciceron el hierro amaga,
Entre las tumbas de los Penos vaga
La sombra de Caton republicano.

El manto imperatorio alza una mano,
La hoguera popular con él apaga;
Y Bruto, en el furor que lo embriaga,
A César matará, mas no al tirano.

Sé emperador, ¡triumfo! En Roma hay sólo
Venga á la Roma, tú, que holló las gentes
De la Roma que aborta Catilinas,

Y otros dioses abierto, el Capitolio.
Láncense pueblos mil que alcen sus frentes
De ese pueblo insensato en las ruinas.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA. (1)

LA CREACION DE LA MUJER.

A LA DISTINGUIDA SEÑORITA DOÑA JULIA LORENZO Y ARCAYA.

Una historia que está en mi fantasía
Y que la Biblia no me dijo ayer,
En tus hermosos ojos, alma mía,
La acabo de aprender.

Todo en silencio en derredor callaba;
Sólo Dios con la mano en el compás,
Serenó, infatigable trabajaba;
Silencio y nada más.

Hay luz, y en alas de las brisas
Un diluvio de lumbre descendió
Y el Mundo como un niño entre sonrisas
Y lumbre despertó.

En el segundo día, de la tierra
Las aguas separó, poniendo fin
Al firmamento azul donde se encierra
Cantando el serafín.

No está completo el Mundo todavía:
Dijo Dios, y convierte en un verjel
El seno estéril de la tierra fría

(1) Gracias á la galantería de este señor; tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores sus lindas poesías, que con su autorización reproducimos. Deplorando que la abundancia de original no nos permita insertar otra de más extensión; empero en el número próximo procuraremos que así sea.

Nadie reinaba en él.
 Ni la hoja del árbol se movía,
 Ni un murmullo en la vasta soledad;
 Y reinaba la nada todavía
 Sin voz y sin edad.
 No está completo el Mundo todavía,
 Y alza la luna en pálido arrebol;
 Y cual bajel de oro en mar sombría
 Creó también el sol.
 No está completo el Mundo todavía:
 La voz del Hacedor volvió á decir,
 Y Dios las aves y los peces cria
 En su naciente Ofir
 En alas del amor y la esperanza
 El hombre fué formado para el bien
 Y lo formó á su hechura y semejanza
 Monarca del Eden
 Cesó el trabajo de su afán prolijo,
 De sus bellas jornadas descansó;
 Complacido del Mundo lo bendijo
 Y en su obragozó;
 Al edificio colosal del Mundo,
 Le falta su corona, dijo *el Sér*,
 Y tuvo Dios un éxtasis fecundo
 Y formó la mujer!
 Adán contempla la mujer primera
 Y dá en su frente un beso virginal
 Y el Universo, que de Dios espera
 Tan hermosa señal,
 Empezó sus eternos movimientos
 Y las pintadas aves á cantar;
 Empezaron su música los vientos
 Y el sol á caminar.
 Y al estallar el bramador torrente
 Desplegando sus pétalos la flor,
 Amaneció en las cumbres del Oriente,
 El día del amor.
 A sus ojos el cielo se serena
 Y se humilla á sus pies el huracán,
 El león de placer, el monte atruena;
 Y el férvido volcán.
 Son las húmedas gotas del rocío
 Las perlas mil de la que vá á reinar
 Y manso viene el piélago bravío
 Sus plantas á besar.
 Aves, cantad el femenino hechizo;
 Pulsa naturaleza tu laud;
 Cantad á la mujer que Dios la hizo
 Con gracia y con virtud
 Y en el puro vapor de la mañana
 Himnos alzáis de gloria y de placer
 Y decid otra vez ¡*Hosanna, Hosanna!*
 Dios formó la mujer.
 Esta historia de paz y de alegría,
 Que la escritura no me dijo ayer,
 Ahora entre tus ojos alma mía
 La acabo de aprender.
 MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

UN RECUERDO.

Un sueño es lo presente del momento:
 Muerte es el porvenir; lo que fué un cuento.
Esperceda.

Un sueño ha sido mi ilusión primera
 Que veloz para siempre se alejó,
 Y una herida mortal y lastimera,
 Al marcharse, en el pecho me dejó.

En alas del deseo yo volaba
 Amor, delicias y placer buscando;

Y al creerme de esto disfrutando
 Mis párpados abrí; ¡es que soñaba!

Soñaba con un cielo de ventura,
 Goces sin fin á mi redor hallaba,
 Y todo cuanto absorto contemplaba
 Respiraba poesía, amor, dulzura.

Feliz veía deslizar mi vida
 Gozando las delicias de este Eden;
 Delicias mil, que nunca trocaría
 Por las que encierra el musulmán Haren.

Fuera vana y quimérica ilusión
 La descripción hacer, y no lo intento;
 Para cantar tan célica mansion
Me sobra inspiración, me falta aliento.

Embriagado de amor seguí la senda
 Que bella cual ninguna divisaba;
 ¡Mas ay! que presto se cayó mi venda
 Y vi la realidad; ¡es que soñaba!

Y aun cuando el sueño aquel desapareció
 Y ya nunca jamás á mí volviere,
 Para siempre en el pecho me dejó
Un recuerdo de amor que nunca muere.

CÁRLOS VIEYRA DE ABREU.

TEATROS.

Pensábamos no decir ni una palabra del Real; tanto cinismo, desvergüenza tanta, no merece más que el desprecio ¡ástima, que periódicos tan ilustrados como *El Correo de Teatros*, se haga eco de apasionados informes!

No obstante de nuestro propósito, en el próximo número nos ocuparemos con extensión de las magníficas representaciones que en dicho coliseo tienen lugar.

Dos estrenos hemos presenciado en la semana última: uno en el clásico teatro Español, y otro en el lindo coliseo de la Zarzuela; ambos tuvieron lugar el sábado, y fueron un triunfo completísimo y altamente lisonjero para los acreditados actores que tomaron parte. En *Los sueños de oro*, tuvimos ocasión de admirar y aplaudir, tanto las bellezas de la música como las del libro, las de los riquísimos trajes y magníficas decoraciones.

En la ejecución, se distinguieron admirablemente las Sras. Fernandez y Franco, y los señores Arderius, Orejon y Manini, que como siempre, estuvieron á una grande altura, y todo hace esperar que el coliseo de la Zarzuela se ha de ver muy favorecido. Nosotros nos felicitamos por ello.—En cuanto al Español, la obra de los Sres. Retes y Echevarria, *La Fuerza de la razón*, no ha dejado nada que desear, abunda en situaciones cómicas y dramáticas, desarrolla un pensamiento altamente moral, el interés es creciente y palpitante y la versificación galana y armoniosa. El desempeño de la obra, confiado á las Sras. Boldun é Hijosa, y á

los Sres. Pizarroso, Vico, Morales, Buron y Ali-sedo, fué en extremo notable, siendo llamados á la escena cinco veces en compañía de los au-tores, por el escogido público que llenaba to-das las localidades del elegante coliseo.

En el Circo de la plaza del Rey atraen cada noche más concurrencia, tanto las bellas obras que con tan gran acierto se ponen en es-cena como los niños campanólogos, que son cada noche más aplaudidos; reciba nuestra más cordial enhorabuena el Sr. Catalina, que vé recompensado su trabajo con el constante favor que el público le dispensa.

Nada podemos decir de Variedadesni del Re-creo, aunque es de suponer seguirán tan con-curridos como la última vez que asistimos á ellos.

Pronto volverá á abrir sus puertas el teatro de la calle del Barquillo; deseamos que al inau-gurar éste su temporada, encuentre el apoyo del público como á todos se lo desea

MEFISTÓFELES.

BIBLIOGRAFÍA. Hemos recibido un prospecto de la segunda edición que del poema de D. Eu-sebio Anglona *La Humana Comedia*, hacen los editores Sres. Carbonell y Domenech.

Mucho sentimos no poder dar nuestro juicio acerca de la obra, que no ha llegado á nues-tras manos; empero á juzgar por el prospecto que tenemos á la vista el poema del Sr. An-glona está llamado á alcanzar un gran éxito. Mucho nos alegraríamos que así fuera.

La Humana Comedia se publicará por entre-gas de ocho grandes páginas con claros tipos y excelente papel, al ínfimo precio de un real y cuartillo cada entrega en toda España, franca de porte.

Se publicarán dos ó más entregas semanales, á voluntad de los señores suscritores, constan-do la obra de 28 entregas, y siendo su coste to-tal el de 35 reales. Los señores suscritores, empero, que deseen tomar la obra de una vez, abonarán únicamente 32 reales,

Se suscribe en las principales librerías de España y en casa del nuevo representante don Ricardo Monner, calle Ancha, núm. 44, Barce-lona, á quien deberán dirigirse todos los pedi-dos y reclamaciones.

CHARADA.

Tercia y cuarta es flor y nombre;
prima y segunda animal,
y prima y cuarta una fruta
que es tan rica como usual;
Tercia y segunda un delito
que á pocos provecho dá,

y causa muchos disgustos
en toda la sociedad;
sin la tercera con prima
mal invierno pasarás,
porque hace mucho frio,
y de fijo te helarás.

Mansion horrible es el todo,
que sin gran dificultad
lo acertarás, si has estado
privado de libertad.

M. A.

Solucion á la charada del número 4.

Leí la charada anterior,
Y ví que razon tenia;
Que es sin duda un gran licor,
El llamado RATAFIA.

JUAN NOGUEIRA Y PAVIA.

SALTO DE CABALLO.

(Canjar popular.)

	sin	con	re	ma	
ti	nen	tas	(1) Ni	mis	me
ni	sin	ti	dio	mue	me
e	go	por	y	con	pe
ti	go	ti	me	que	(32) ro
que	por	ti	nas		

(Empieza en el 1 y concluye en el 32.)

Por todo lo no firmado.—El Secretario de la Redaccion, ANTONIO NOGUEIRA Y PAVIA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE «LA LIRA ESPAÑOLA.»

Sr. Director de *El Mundo Cómico*.—Madrid.—Mil gracias.

Sr. D. J. V., Sevilla.—Es en nuestro poder su carta. Reciba mil gracias en nombre de C. El importe de suscripcion aún no ha sido abonado; pero no por eso le faltará el periódico.

Sres. Directores del *Alacran* de Santiago, de *El Gran Mundo* de Sevilla y de *El Eco del Miño* de Orense.—Mil gracias á todos por su visita.

Sr. D. F. Moya, Málaga.—Recibida su carta.—Tiene V. razon, amigo mio: es muy sensible lo que está pasando: demasiado sabemos que por el camino que hemos emprendido nunca se llega á ministro. ¡Cómo ha de ser!

Se le remitirá el periódico y espero que poniéndolo de muestra algo se hará.

De Vds. seguro servidor,

EL ADMINISTRADOR.

Director propietario
D. CARLOS VIEYRA DE ABREU.

IMP. DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR.
Colmillo, 8.